

# REVISTA LITERARIA

## DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

---

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

---

### LA MUERTE DE ASDRUBAL.

CUENTO.

(CONCLUSION.)

Levantó el anciano la cabeza y fijando en el esclavo una mirada de incertidumbre y ansiedad.—Fiel Sículo, le dijo, sé que tu labio no ha mentido jamás, estoy convencido de ello, pero ah! el corazón no se quiere persuadir de tal infamia. ¿Los has visto tú mismo? ¿Estás seguro de no haberte equivocado?—Señor, respondió el esclavo con voz sombría; ahí está la escala que ellos dejaron olvidada, y que yo recogí; además, mi manto está aun empapado en el agua de la tempestad.

El rostro de Tago tomó al ver aquellos testigos mudos de su deshonra una expresión de cólera y vergüenza difícil de pintar.—Está bien (replicó), la hora de la venganza ha llegado. Marcha (añadió en un tono que indicaba bien la firmeza de su resolución), marcha á mi cámara y traeme mi espada y mi puñal. El esclavo se inclinó profundamente y salió de la estancia.

Entonces dando rienda suelta á los sentimientos que le agitaban, se levantó del sitio y empezó á pasear por la habitación, no con pasos vacilantes é inciertos, sino firmes y seguros: el deseo de venganza le habia rejuvenecido.—Bien, (decía con acento ahogado por la cólera), bien muestras, Asdrubal, que eres mi enemigo. Porque me ves débil y anciano, has creído poder deshonrar impunemente la sangre de los reyes de la antigua Iberia que corre por mis venas. Tarde te arrepentirás de haberlo imaginado: el brazo y la espada que derramaron noblemente la sangre de Amilear en Castro-alto, tienen aun fuerza y filo para derramar la tuya.... Moriré yo tambien, es verdad; pero al descender al sepulcro me gloriaré de haber hecho bajar antes á él á dos opre-

sores de mi patria, y de haber satisfecho mi venganza.

Sículo entró en aquel mismo momento con las armas que le habia mandado traer. Ciñóse tranquilamente la espada, luego cogiendo el puñal por la punta y presentándoselo al esclavo.—Fiel Sículo, (le dijo), tu señor va á implorar de tí una gracia: mi estirpe es la mas esclarecida de todos los rémulos de España, pero la sangre que corre por mis venas es la única que ha quedado de tan ilustres varones, y esta la helará la muerte antes de ver otra nueva aurora: voy á morir, pero voy á morir vengado. Mas si la fatalidad me hiciese perecer, sin lavar mi deshonra, ¡oh! entonces mi sombra vagaría errante por el espacio, sin poder sentarse entre las de mis antepasados, que la rechazarían de su lado, porque no les contaminase con la peste de mi infamia. Entonces tú solo puedes darme el eterno reposo.—Mandad, respondió el esclavo cogiendo el puñal que su amo le presentaba.

—¿Juras consumir mi venganza si muero sin haberla fenecido?

—Lo juro.

—¿Y no te arredrará ni el poder de mi enemigo, ni el temor del suplicio?

—Aun cuando ese hombre sea mas poderoso que los dioses, este puñal le alcanzará; y aun cuando al dar el golpe vea á mis plantas el Tártaro abierto para recibirme con sus mas horribles tormentos, mi brazo no temblará.

—Bien! confío en tu juramento. Ahora á Dios, hasta el sepulcro. Y se encaminó ácia la puerta, pero volviéndose de repente como asaltado por un doloroso recuerdo.—A Olimpia, dijo, no debe herir ese puñal; es un ser demasiado débil para tu brazo, y además ha sido prenda mia. Ese hierro aunque desgarrara lentamente sus entrañas, la seria menos doloroso que sus remordimientos.

Enjugó entonces una lágrima que asomaba á sus ojos, y desapareció.

El palacio de Asdrubal era digno de la opulencia y poderio de su dueño: todo el lujo de la época estaba aglomerado en aquel recinto, para hacer de él una mansión grandiosa y magnífica. Por todas partes reinaba allí la mayor agitación y movimiento: las antecámaras estaban llenas de numerosos cortesanos; de esa casta de hombres que en todos tiempos y en todos los países, con la sonrisa en los labios y la humildad en el semblante, se arrastran como miserables reptiles hasta las gradas del trono de los poderosos, y le roen disimuladamente los cimientos hasta que se desploma, y se colocan ellos en su lugar.

Asdrubal, circundado de sus principales capitanes y magnates, con aquella afabilidad que le distinguió siempre, y que le granjeó el afecto hasta de los mismos españoles, escuchaba quejas, oía disculpas y dictaba providencias con una prudencia y tino que pocos han poseído en tan alto grado como él. Pero á pesar de serle naturales la dulzura y la bondad, los ojos perspicaces de los cortesanos notaban aquel día en su semblante cierta alegría extraordinaria. Por eso se admiraron más, cuando al entrar Tago en el salón, tomó de pronto una expresión de cólera y despecho inexplicable.

—Alciano (le dijo con tono imperioso) vuestra presencia en este sitio me causa extrañeza: habeis sido un enemigo implacable de la república, y aunque os he perdonado, no os he dicho que este palacio estaba abierto para vos.—El palacio del que gobierna (contestó Tago reprimiéndose) debe estar siempre abierto para el que viene á pedir justicia.—Asdrubal jamás la ha negado á nadie: hablad.—El que injuria á un anciano, le arranca sus venerables canas, se las arroja despues al rostro, y le escupe despues en él ¿no merece castigo?—Cierto, contestó Asdrubal turbado.—Pues aun más han hecho conmigo: un hombre me ha robado mi esposa, me ha robado mi honor! el honor de mis antepasados, que yo habia procurado aumentar á costa de una larga vida llena de sacrificios por mi patria, y de acciones nobles; él me lo ha robado en un solo instante, lo ha arrancado de mi corazón en donde habia hechado profundas raíces, me lo ha arrojado despues al rostro; y valido de su grandeza y poder se ha mofado de mí! Decidme, señores, (continuó volviéndose á los cortesanos), ¿este hombre merece la muerte?—Mil muertes (contestaron todos indignados) no son bastantes para pagar su infamia.—Pues bien, (esclamó con energía señalando á Asdrubal) ved aquí el hombre que me ha deshonrado: vosotros habeis pronunciado su sentencia; yo seré el verdugo que la ejecute. Y se precipitó tan furioso sobre el cartaginés con el acero desnudo, que apenas tuvo tiempo éste para esquivar el golpe; y la espada rasgando un pedazo de su manto, se clavó en el sitio en que estaba sentado.

Al infeliz esposo, viendo frustrada su venganza, le abandonaron las fuerzas, y cayó exánime en los brazos de los cortesanos, que se habian adelantado á detenerle.

—Guardias, apartad de mi vista ese asesino (gri-

tó Asdrubal recobrado de la sorpresa), conducidle á una prision; y juro á los dioses que el sol de mañana ha de verle clavado en una cruz, como si fuera el más vil de los esclavos.

Los soldados entraron en el salón, y se llevaron arrastrando al desdichado Tago, que apenas respiraba.

## IV.

Tres días habian pasado. En un riquísimo lecho estaba reclinada una muger hermosa, pero pálida como una estatua de mármol: sus ojos brillaban con el fuego de la calentura; y estaban fijos con una expresión delirante en un hombre que sentado á la cabecera la tenia cojida una mano, estrechándola contra su corazón. Aquella muger era Olimpia; el hombre Asdrubal.

—Cómo quema tu mano! Olimpia. ¿Padeces mucho?—Sí, mucho! Siento un frío aquí (dijo señalando al pecho) como si mi corazón se hubiera convertido en un pedazo de hielo; al mismo tiempo mi frente abrasa, y las lágrimas se secan en mis ojos.... No puedo llorar! Ah! son un tormento atroz los remordimientos!—Remordimientos! ¿y de qué? ¿de haberme amado? no te amo yo también con toda mi alma?—Tú me amas, no es verdad?.... Repítemelo muchas veces; porque esas palabras penetran hasta mi corazón como un celestial rocío.... Pero ah! (añadió sollozando). El también me amaba, y le he vendido!—Desecha tan tristes recuerdos. Tu imaginación te hace ver un crimen donde solo hay un sacrificio de amor; un sacrificio que yo te agradezco, y que pronto podré recompensarte. Escucha: la guerra contra Roma se va á declarar pronto; animado por tu amor, me siento capaz de las mayores hazañas: á mis plantas caerá desecho en polvo el Capitolio; y sobre sus escombros he de alzarte un trono, para que el mundo admire en él tu hermosura. Ahora mismo voy á ofrecer un sacrificio á los Dioses para tenerlos propicios en esta campaña. A Dios.—No te vayas (esclamó Olimpia agarrándole combulsivamente la mano.) Cuando estoy sola todo me intimida.... mi razón se turba, y creo ver flotar al derredor de mi lecho horribles espectros, que acercándose lentamente á mi oído, me dicen palabras aterradoras, cuyo sentido no comprendo.... Cielos! (esclamó de repente) y todos sus miembros se agitaban en una combulsión nerviosa, mientras que sus ojos se fijaban con terror en un ángulo de la estancia. He visto mover ese cortinaje de enfrente: un hombre! un hombre hay escondido detrás.—La fiebre (respondió tranquilamente Asdrubal) te hace ver fantasmas en todas partes. Lo que mueve esa cortina es el viento que entra por las galerías que están á la espalda: sosiégate.—Sí, dices bien, la calentura me hace ver espectros en todas partes. Anoche tuve un sueño terrible, espantoso.... Mas no, no era sueño.... mis ojos estaban abiertos; pero mi razón estaba aletargada, y un ruido sordo zumbaba en mis oídos. Me creí trasladada á la plaza pública en medio de un inmenso gentío.... Yo percibía sus gritos confusamente, y me dejaba llevar de los en-

vites de la muchedumbre, como una paja arrebatada por el torbellino: de repente la multitud se arremolina y se apiña para dar paso á un tropel de soldados que conducian á un anciano al suplicio. Una cruz se alzaba en medio de la plaza encima de unas gradas de piedra.... El anciano las subió sin vacilar, y entonces reconoció temblando el rostro de Tago: paseó lentamente sus miradas por encima de la multitud que le contemplaba atónita, después las fijó en mí con una expresión indefinible ... y el grito de terror que lancé entonces me despertó de mi letargo. Es cierto? (continuó echando los brazos al cuello de Asdrubal) es cierto que no le has hecho morir?—Tago vive, (contestó este turbado) vive libre y feliz, y tal vez en este momento no se acuerda ya de que te ha amado.—Mientes! (gritó una voz extraña que los dejó helados de espanto); Tago ha muerto y tú vas á morir también.

Olimpia lanzó un ¡ay! lastimero y cayó desmayada.

Levantó Asdrubal la cabeza, y vió delante de sí el semblante aterrador de Sículo: Un puñal brillaba en su mano derecha.

—Vil esclavo, (dijo recobrándose algún tanto); te atreves á penetrar en esta estancia, y á amenazarme con la muerte? Ahora verás como castigo tu insolencia. Y echó mano á su espada; pero aun no brillaba la mitad fuera de la vaina, y ya el puñal de Sículo se había clavado dos veces en su pecho.

Lanzó un hondo gemido y cayó sin vida.

—Ahora (murmuró Sículo mirando con serenidad el cadáver), la sombra de mi señor podrá descansar tranquilamente entre sus antepasados.

Un ruido de pisadas se oyó en la galería inmediata. La puerta que comunicaba con ella se abrió de repente, y dió paso á un capitán y algunos soldados que le seguían.

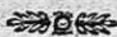
—El sacrificio está pronto, señor, dijo este entrando.—Y la víctima dispuesta, contestó Sículo con voz sombría, arrojando el puñal, y entregándose en manos de los soldados.

Entonces repararon todos en aquella sangrienta escena; y prorrumpieron todos á la vez en un grito de horror y de indignación.

Al día siguiente la nueva de la muerte de Asdrubal asesinado en su habitación por un esclavo, se difundió por la ciudad. Todos corrían en tropel al palacio: los que habían recibido de él algún beneficio á llorarle; los que le contemplaban como un héroe á admirarle, y los que le consideraban como un obstáculo á su ambición, á gozarse en su fin funesto.

En tanto Sículo espía en un suplicio su noble crimen, en medio de los más atroces tormentos, sin dar la menor muestra de dolor.

L. V. G.



A mi buen amigo D. José Emilio de San  
en la muerte de su madre.

## ELEGÍA.

¡Todo acabó!.... la noche  
con denegrida luz tiende sus alas,  
y el mofético ambiente  
del cercano vergel seca las galas.  
Todo es silencio y luto:  
la luna que resbala por tu frente  
fatídica y siniestra  
ilumina con rayo misterioso  
el lugar silencioso,  
que el signo ignora de profana huella,  
oscuro y cavernoso,  
donde la adelfa fúnebre descuella.

Allí un sepulcro helado,  
terrible santuario de la muerte,  
fantástico se eleva  
por sauces y cipreses coronado;  
allí solo murmura  
con desigual rumor corriente impura,  
que los mármoles bañados  
yacen de tu madre los despojos....  
¡de tu madre, que un día  
fuera tu encanto y plácida alegría!  
Vente á empapar conmigo  
con lágrimas de fuego su sudario;  
vente allí, caro amigo,  
y al resplandor del disco funerario  
yo romperé contigo  
la paz de su sepulcro solitario.

Lloremos ¡ay! lloremos  
lejos de inmunda sociedad tirana,  
que cual torpe enemiga,  
sus bastardos consuelos te prodiga;  
ella niega inhumana  
cuanto al amor y la piedad debemos;  
ella secar intenta  
ese raudal de lágrimas que viertes,  
raudal precioso y santo,  
que humillar sabe corazones fuertes.  
Llora pues.... tu quebranto  
es de afecto filial ardiente llama....  
llora, sí, que ese llanto  
desde el cielo tu madre lo reclama.

«Don funesto es la vida,  
don que los padres al nacer nos dieron,  
cual prenda aborrecida;  
¿Dó está el bien que los hijos recibieron?  
¿y dó el llanto se funda  
con que regamos su funérea losa?...»  
Oirás quizá iracunda  
á descastada y cinica cohorte.  
¡Yo su respuesta imploro  
cuando pierdan su bien!.. triste es la vida,  
mas la madre un tesoro,  
faro amigable y bonancible norte.

El mundo es borrascoso,  
pero ellas son el suspirado puerto,  
que nos conduce amigo.  
¿Qué suerte espera al huérfano inesperto,  
sin norte y sin abrigo?...  
¿Qué será sin timon, vela ni remos,  
de la barca perdida  
en el piélago inmenso de la vida?  
qué de la flor naciente,  
que abre á la aurora el seno pudoroso,  
sin la acopada encina,  
que la guarda del astro refulgente,  
que su belleza inclina?  
¿qué del arbusto débil sin la mano  
del esperto colono?  
¿qué de la yedra sin el olmo anciano?

Llora tu desventura,  
suelta la vena de abundoso llanto....  
No, empero, tu ternura  
llevar te deje á la segur violenta  
de muerte prematura.  
Tu vida puede dar ópimos frutos;  
respeta, amigo mio,  
el bien que acata el universo entero,  
bien que en el hado impio  
viste el medroso corazon de acero.

¡La religion!... su llama  
destella paz, ventura y alegría,  
y en el pecho derrama  
torrentes de dulcísima armonía:  
su frente luminosa  
para el triste mortal es la constante  
y nítida lumbrera,  
que dá luz al perdido caminante,  
y es la esperanza pura,  
que alhaga los humanos corazones,  
la roca mas segura,  
que resiste á los fuertes aquilones.

Serán á tu alma herida  
de hoy mas, cual dones del empíreo cielo,  
la religion tu egida,  
los brazos de tu amigo tu consuelo.  
¡Ay! que tambien yo triste  
cual peso arrastro la cansada vida,  
que con grave cadena  
me oprime esclavo de la adversa suerte.  
Ambos á dos la pena

templar nos será dado, caro amigo;  
llora tú entre mis brazos....  
¡y yo sin tregua lloraré contigo!

Ricos sueños ahora  
nuestra inesperta juventud riente  
nos pinta seductora:  
el gérmen de la gloria y los placeres  
nuestras almas alienta,  
y nuestros años voladores cuenta...  
Llora, sí, pues tu amas,  
y es debido tributo á la natura  
el llanto que derramas.  
¡Tú odias al mundo con tu paz perdidal  
mas sueños é ilusiones  
dejan á veces tolerar la vida.  
Ven, y con gloria hagamos  
latir nuestros ardientes corazones,  
y con el bien que ansiamos  
busquemos otro sol, y otras regiones.

Vente al puerto seguro,  
hoy que iniciado en las humanas letras  
acaricia tu mente  
el néctar ideal de lo futuro.  
Ven conmigo, y en tanto  
que á tu alma robo el funerario luto,  
tu enjugarás el llanto,  
de mi eterna amistad facil tributo.  
«Nosotros nos bastamos,»  
diremos al destino inexorable:  
los afanes humanos  
con pecho tierno resistir sabremos,  
y asidos de las manos  
este piélago inmenso cruzaremos.

*Po. Garcia.*

## REVISTA TEATRAL.

Como dijimos en nuestro número anterior el Domingo se ejecutó el gran drama titulado: *D. Juan Tenorio*, orijinal del Sr. Zorrilla. No nos ocuparemos en analizar el argumento, ni en disertar sobre sus infinitas inverosimilitudes, porque el título de *fantástico* que el autor le ha puesto, lo exime de la crítica en esta parte. Por lo demas el drama abunda en bellezas inimitables: sus versos son de los mejores del Sr. Zorrilla, y sus escenas todas tienen un brillo y un interés, que nunca decae: entre las mejores hay una que no puede menos de llamar la atencion, y es el pequeño diálogo entre *D. Juan* y la criada de Doña Ana de Pantoja: su versificación en *séptimas reales*, y los chistes que encierra, la hacen sumamente recomendable: los aplausos con que el público la acogió son la mejor prueba de nuestro aserto. La ejecución del drama fué esmerada por todos los actores sin escepcion; y el aparato escénico con que se decoró la segunda parte, merece nuestros elogios, atendiendo á los pocos recursos con que se ha contado. Una numerosa concurrencia aplaudió el drama; y su repetición, verificada el Viernes 30, no desmereció en nada.